

# TRILCE

César Vallejo

**Freeditorial** 

## I

Quién hace tanta bulla y ni deja  
Testar las islas que van quedando.  
Un poco más de consideración  
en cuanto será tarde, temprano,  
y se aquilatará mejor  
el guano, la simple calabrina tesórea  
que brinda sin querer,  
en el insular corazón,  
salobre alcatraz, a cada hialóidea  
grupada.

Un poco más de consideración,  
y el mantillo líquido, seis de la tarde  
DE LOS MAS SOBERBIOS BEMOLES.  
Y la península párase  
por la espalda, abozaleada, impertérrita  
en la línea mortal del equilibrio.

## II

Tiempo Tiempo.  
Mediodía estancado entre relentes.  
Bomba aburrida del cuartel achica  
tiempo tiempo tiempo tiempo.  
Era Era.

Gallos cancionan escarbando en vano.  
Boca del claro día que conjuga  
era era era era.  
Mañana Mañana.  
El reposo caliente aún de ser.  
Piensa el presente guárdame para  
mañana mañana mañana mañana  
Nombre Nombre.  
¿Qué se llama cuanto heriza nos?  
Se llama Lomismo que padece  
nombre nombre nombre nombre.

### III

Las personas mayores  
¿a qué hora volverán?  
Da las seis el ciego Santiago,  
y ya está muy oscuro.  
Madre dijo que no demoraría.  
Aguedita, Nativa, Miguel,  
cuidado con ir por ahí,  
por donde acaban de pasar  
ganguendo sus memorias  
dobladoras penas,  
hacia el silencioso corral, y por donde  
las gallinas que se están acostando todavía,  
se han espantado tanto.  
Mejor estemos aquí no más.  
Madre dijo que no demoraría.

Ya no tengamos pena.  
Vamos viendo  
los barcos ¡el mío es más bonito de todos!  
con los cuales jugamos todo el santo día,  
sin pelearnos, como debe de ser:  
han quedado en el pozo de agua, listos,  
fletados de dulces para mañana.  
Aguardemos así, obedientes y sin más  
remedio, la vuelta, el desagravio  
de los mayores siempre delanteros  
dejándonos en casa a los pequeños,  
como si también nosotros no pudiésemos partir.  
Aguedita, Nativa, Miguel?  
Llamo, busco al tanteo en la oscuridad.  
No me vayan a haber dejado solo,  
y el único recluso sea yo.

#### IV

Rechinan dos carretas contra los martillos  
hasta los lagrimales trifurcas, cuando nunca las hicimos  
nada. A aquella otra sí, desamada,  
amargurada bajo túnel campero  
por lo uno, y sobre duras ájidas  
pruebas espiritivas.  
Tendime en són de tercera parte,  
mas la tarde -qué la bamos a hazer  
se anilla en mi cabeza, furiosamente  
a no querer dosificarse en madre.

Son los anillos.  
Son los nupciales trópicos ya tascados.  
El alejarse, mejor que todo, rompe a Crisol.  
Aquel no haber descolorado por nada.  
Lado al lado al destino y llora y llora.  
Toda la canción cuadrada en tres silencios.  
Calor.  
Ovario.  
Casi transparencia.  
Háse llorado todo.  
Háse entero velado  
en plena izquierda.

V

Grupo dicotiledón.  
Oberturandesde él petreles,  
propensiones de trinidad,  
finales que comienzan,  
ohs de ayescreyérase avaloriados de heterogeneidad.  
¡Grupo de los dos cotiledones!  
A ver.  
Aquello sea sin ser más.  
A ver.  
No trascienda hacia afuera,  
y piense en són de no ser escuchado,  
y crome y no sea visto.  
Y no glise en el gran colapso.  
La creada voz rebélase y no quiere

ser malla, ni amor.  
Los novios sean novios en eternidad.  
Pues no deis 1, que resonará al infinito.  
Y no deis 0, que callará tanto,  
hasta despertar y poner de pie al 1.  
Ah grupo bicardiaco.

## VI

El traje que vestí mañana  
no lo ha lavado mi lavandera:  
lo lavaba en sus venas otilinas,  
en el chorro de su corazón, y hoy no he  
de preguntarme si yo dejaba  
el traje turbio de injusticia.  
A hora que no hay quien vaya a las aguas,  
en mis falsillas encañona  
el lienzo para emplumar, y todas las cosas  
del velador de tanto qué será de mí,  
todas no están mías  
a mi lado.  
Quedaron de su propiedad,  
fratesadas, selladas con su trigueña bondad.  
Y si supiera si ha de volver;  
y si supiera qué mañana entrará  
a entregarme las ropas lavadas, mi aquella  
lavandera del alma.  
Que mañana entrará  
satisfecha, capulí de obrería, dichosa

de probar que sí sabe, que sí puede  
¡CÓMO NO VA A PODER!  
azular y planchar todos los caos.

## VII

Rumbé sin novedad por la veteada calleque yo me sé.

Todo sin novedad, de veras.

Y fondeé hacia cosas así,  
y fui pasado.

Doblé la calle por la que raras  
veces se pasa con bien, salida  
heroica por la herida de aquella  
esquina viva, nada a medias.

Son los grandores,  
el grito aquel, la claridad de careo,  
la barreta sumersa en su función de  
¡ya!

Cuando la calle está ojerosa de puertas,  
y pregona desde descalzos atriles  
trasmañanar las salvas en los dobles.

Ahora hormigas minuterías  
se adentran dulzoradas, dormitadas, apenas  
dispuestas, y se baldan,  
quemadas pólvoras, altos de a 1921.

## VIII

Mañana esotro día, alguna  
vez hallaría para el hifalto poder,  
entrada eternal.  
Mañana algún día,  
sería la tienda chapada  
con un par de pericardios, pareja  
de carnívoros en celo.  
Bien puede afincar todo eso.  
Pero un mañana sin mañana,  
entre los aros de que enviudemos,  
margen de espejo habrá  
donde traspasaré mi propio frente  
hasta perder el eco  
y quedar con el frente hacia la espalda.

## IX

Busco volver de golpe el golpe.  
Sus dos hojas anchas, su válvula  
que se abre en succulenta recepción  
de multiplicando a multiplicador,  
su condición excelente para el placer,  
todo avía verdad.  
Busco volver de golpe el golpe.  
A su halago, enveto bolivarianas fragosidades  
a treintidós cables y sus múltiples,  
se arrequintan pelo por pelo  
soberanos belfos, los dos tomos de la Obra,



y no vivo entonces ausencia,  
ni al tacto.  
Fallo volver de golpe el golpe.  
No ensillaremos jamás el toroso Vaveo  
de egoísmo y de aquel ludir mortal  
de sábana,  
desque la mujer esta  
¡cuánto pesa de general!  
Y hembra es el alma de la ausente.  
Y hembra es el alma mía.

## X

Prístina y última piedra de infundada  
ventura, acaba de morir  
con alma y todo, octubre habitación y encinta.  
De tres meses de ausente y diez de dulce.  
Cómo el destino,  
mitrado monodáctilo, ríe.  
Cómo detrás desahucian juntas  
de contrarios.  
Cómo siempre asoma el guarismo  
bajo la línea de todo avatar.  
Cómo escotan las ballenas a palomas.  
Cómo a su vez éstas dejan el pico  
cubicado en tercera ala.  
Cómo arzonamos, cara a monótonas ancas.  
Se remolca diez meses hacia la decena,  
hacia otro más allá.

Dos quedan por lo menos todavía en pañales.  
Y los tres meses de ausencia.  
Y los nueve de gestación.  
No hay ni una violencia.  
El paciente incorporase,  
y sentado empavona tranquilas misturas.

## XI

He encontrado a una niña en la calle, y me ha  
abrazado.  
Equis, disertada, quien la halló y la halle,  
no la va a recordar.  
Esta niña es mi prima.  
Hoy, al tocarle  
el talle, mis manos han entrado en su edad  
como en par de mal rebocados sepulcros.  
Y por la misma desolación marchóse,  
delta al sol teneblosa,  
trina entre los dos.  
«Me he casado»,  
me dice.  
Cuando lo que hicimos de niños  
en casa de la tía difunta.  
Se ha casado.  
Se ha casado.  
Tardes años latitudinales,  
qué verdaderas ganas nos ha dado  
de jugar a los toros, a las yuntas,

pero todo de engaños, de candor, como fue.

## XII

Escapo de una finta, peluza a peluza.  
Un proyectil que no sé dónde irá a caer.  
Incertidumbre.  
Tramonto.  
Cervical coyuntura.  
Chasquido de moscón que muere a mitad de su vuelo  
y cae a tierra. ¿Qué dice ahora Newton?  
Pero, naturalmente, vosotros sois hijos.  
Incertidumbre.  
Talones que no giran.  
Carilla en nudo, fabrida  
cinco espinas por un lado  
y cinco por el otro: Chit! Ya sale.

## XIII

Pienso en tu sexo.  
Simplificado el corazón, pienso en tu sexo,  
ante el hjar maduro del día.  
Palpo el botón de dicha, está en sazón.  
Y muere un sentimiento antiguo  
degenerado en seso.  
Pienso en tu sexo, surco más prolífico

y armonioso que el vientre de la Sombra,  
aunque la Muerte concibe y pare  
de Dios mismo.  
Oh Conciencia,  
pienso, sí, en el bruto libre  
que goza donde quiere, donde puede.  
Oh, escándalo de miel de los crepúsculos.  
Oh estruendo mudo.  
Odumodneurtse!

#### XIV

Cual mi explicación.  
Esto me lacera de tempranía.  
Esa manera de caminar por los trapecios.  
Esos corajosos brutos como postizos.  
Esa goma que pega el azogue al adentro.  
Esas posaderas sentadas para arriba.  
Ese no puede ser, sido.  
Absurdo.  
Demencia.  
Pero he venido de Trujillo a Lima.  
Pero gano un sueldo de cinco soles.

#### XV

En el rincón aquel, donde dormimos juntos

tantas noches, ahora me he sentado  
a caminar.

La cuja de los novios difuntos  
fue sacada, o talvez qué habrá pasado.  
Has venido temprano a otros asuntos,  
y ya no estás.

Es el rincón  
donde a tu lado, leí una noche,  
entre tus tiernos puntos,  
un cuento de Daudet.

Es el rincón  
amado.

No lo equivoques.

Me he puesto a recordar los días  
de verano idos, tu entrar y salir,  
poca y harta y pálida por los cuartos.

En esta noche pluviosa,  
ya lejos de ambos dos, salto de pronto...  
Son dos puertas abriéndose cerrándose,  
dos puertas que al viento van y vienen  
sombra a sombra.

## XVI

Tengo fe en ser fuerte.

Dame, aire manco,  
dame irgaloneándome de ceros a la izquierda.  
Y tú, sueño, dame tu diamante implacable,  
tu tiempo de deshora.

Tengo fe en ser fuerte.  
Por allí avanza cóncava mujer,  
cantidad incolora, cuya  
gracia se cierra donde me abro.  
Al aire, fray pasado.  
Cangrejos, zote!  
Avístase la verde bandera presidencial,  
arriando las seis banderas restantes,  
todas las colgaduras de la vuelta.  
Tengo fe en qué soy,  
y en que he sido menos.  
Ea! Buen primero!

## XVII

Destílese este 2 en una sola tanda,  
y entrambos lo apuramos.  
Nadie me hubo oído.  
Estría urenteabracadabra civil.  
La mañana no palpa cual la primera,  
cual la última piedra ovulandas  
a fuerza de secreto.  
La mañana descalza.  
El barro a medias  
entre sustancias gris, más y menos.  
Caras no saben de la cara, ni de la  
marcha a los encuentros.  
Y sin hacia cabecee el exergo.  
Yerra la punta del afán.

Junio, eres nuestro.  
Junio, y en tus hombros  
me paro a carcajear, secando  
mi metro y mis bolsillos  
en tus 21 uñas de estación.  
Buena! Buena!

## XVIII

Oh las cuatro paredes de la celda.  
Ah las cuatro paredes albicantes  
que sin remedio dan al mismo número.  
Criadero de nervios, mala brecha,  
por sus cuatro rincones cómo arranca  
las diarias aherrojadas extremidades.  
Amorosa llavera de innumerables llaves,  
si estuvieras aquí, si vieras hasta  
qué hora son cuatro estas paredes.  
Contra ellas seríamos contigo, los dos,  
más dos que nunca.  
Y ni lloraras,  
di, libertadora!  
Ah las paredes de la celda.  
De ellas me duele entretanto, más  
las dos largas que tienen esta noche  
algo de madres que ya muertas  
llevan por bromurados declives,  
a un niño de la mano cada una.  
Y sólo yo me voy quedando,

con la diestra, que hace por ambas manos,  
en alto, en busca de terciario brazo  
que ha de pupilar, entre mi dónde y mi cuándo,  
esta mayoría inválida de hombre.

## XIX

A trastear, Hélpide dulce, escampas,  
cómo quedamos de tan quedarnos.  
Hoy vienes apenas me he levantado.  
El establo está divinamente meado  
y excrementido por la vaca inocente  
y el inocente asno y el gallo inocente.  
Penetra en la maría ecuménica.  
Oh sangabriel, haz que conciba el alma,  
el sin luz amor, el sin cielo,  
lo más piedra, lo más nada,  
hasta la ilusión monarca.  
Quemaremos todas las naves!  
Quemaremos la última esencia!  
Mas si se ha de sufrir de mito a mito,  
y a hablarme llegas masticando hielo,  
mastiquemos brasas,  
ya no hay donde bajar,  
ya no hay donde subir.  
Se ha puesto el gallo incierto, hombre.

## XX



Al ras de batiente nata blindada  
de piedra ideal.  
Pues apenas  
acerco el 1 al 1 para no caer.  
Ese hombre mostachoso.  
Sol,  
herrada su única rueda, quinta y perfecta,  
y desde ella para arriba.  
Bulla de botones de bragueta,  
libres,  
bulla que reprende A vertical subordinada.  
El desagüe jurídico.  
La chirota grata.  
Mas sufro.  
Allende sufro.  
Aquende sufro.  
Y he aquí se me cae la baba, soy  
una bella persona, cuando  
el hombre guillermosecundario  
puja y suda felicidad  
a chorros, al dar lustre al calzado  
de su pequeña de tres años.  
Engállase el barbado y frota un lado.  
La niña en tanto pónese el índice  
en la lengua que empieza a deletrear  
los enredos de enredos de los enredos,  
y unta el otro zapato, a escondidas,  
con un poquito de saliba y tierra,  
pero con un poquito

no má-  
s.

## XXI

En un auto arteriado de círculos viciosos  
torna diciembre qué cambiado,  
con su oro en desgracia.  
Quién le viera:  
diciembre con sus 31 pieles rotas,  
el pobre diablo.  
Yo le recuerdo.  
Hubimos de esplendor,  
bocas ensortijadas de mal engreimiento,  
todas arrastrando recelos infinitos.  
Cómo no voy a recordarle  
al magro señor Doce.  
Yo le recuerdo.  
Y hoy diciembre torna  
qué cambiado, el aliento a infortunio,  
helado, moqueando humillación.  
Y a la temurosa avestruz  
como que la ha querido, corno que la ha adorado.  
Pero ella se ha calzado todas sus diferencias.

## XXII

Es posible me persigan hasta cuatro  
magistrados vuelto.

Es posible me juzguen pedro.  
¡Cuatro humanidades justas juntas!  
Don Juan Jacobo está en hacerio,  
y las burlas le tiran de su soledad,  
como a un tonto.

Bien hecho.

Farol roto, el día induce a darle algo,  
y pende

a modo de asterisco que se mendiga  
a sí propio quizás qué enmendaturas.

Ahora que chirapa tan bonito  
en esta paz de una sola línea,  
aquí me tienes,  
aquí me tienes, de quien yo penda,  
para que sacies mis esquinas.

Y si, éstas colmadas,  
te derramases de mayor bondad,  
sacaré de donde no haya,  
forjaré de locura otros posillos,  
insaciables ganas  
de nivel y amor.

Si pues siempre salimos al encuentro  
de cuanto entra por otro lado,  
ahora, chirapado eterno y todo,  
heme, de quien yo penda,  
estoy de filo todavía.

Heme!

## XXIII

Tahona estuosa de aquellos mis bizcochos  
pura yema infantil innumerable, madre.  
Oh tus cuatro gorgas, asombrosamente  
mal plañidas, madre: tus mendigos.  
Las dos hermanas últimas, Miguel que ha muerto  
y yo arrastrando todavía  
una trenza por cada letra del abecedario.  
En la sala de arriba nos repartías  
de mañana, de tarde, de dual estiba,  
aquellas ricas hostias de tiempo, para  
que ahora nos sobrasen  
cáscaras de relojes en flexión de las 24  
en punto parados.  
Madre, y ahora!  
Ahora, en cuál alvéolo quedaría,  
en qué retoño capilar, cierta migaja  
que hoy se me ata al cuello  
y no quiere pasar.  
Hoy que hasta  
tus puros huesos estarán harina  
que no habrá en qué amasar  
¡tierna dulcera de amor,  
hasta en la cruda sombra, hasta en el gran molar  
cuya encía late en aquel lácteo hoyuelo  
que inadvertido lábrase y pulula ¡tú lo viste tanto!  
en las cerradas manos recién nacidas.  
Tal la tierra oirá en tu silenciar,  
cómo nos van cobrando todos

el alquiler del mundo donde nos dejas  
y el valor de aquel pan inacabable.  
Y nos lo cobran, cuando, siendo nosotros  
pequeños entonces, como tú verías,  
no se lo podíamos haber arrebatado  
a nadie; cuando tú nos lo diste,  
¿di, mamá?

#### XXIV

Al borde de un sepulcro florecido  
transcurren dos marías llorando,  
llorando a mares.  
El ñandú desplumado del recuerdo  
alarga su postrera pluma,  
y con ella la mano negativa de Pedro  
graba en un domingo de ramos  
resonancias de exequias y de piedras.  
Del borde de un sepulcro removido  
se alejan dos marías cantando.  
Lunes.

#### XXV

Alfan alfiles a adherirse a las juntas, al fondo, a los  
testuces,  
al sobrelecho de los numeradores a pie.

Alfiles y cadillos de lupinas parvas.  
Al rebufar el socaire de cada caravela  
deshilada sin ameracanizar,  
ceden las estevas en espasmo de infortunio,  
con pulso párvulo mal habituado  
a sonarse en el dorso de la muñeca.  
Y la más aguda tiplisonancia  
se tonsura y apeálase, y largamente  
se ennazala hacia carámbanos  
de lástima infinita.  
Soberbios lomos resoplan  
al portar, pendientes de mustios petrales  
las escarapelas con sus siete colores  
bajo cero, desde las islas guaneras  
hasta las islas guaneras.  
Tal los escarzos a la intemperie de pobre fe.  
Tal el tiempo de las rondas.  
Tal el del rodeo  
para los planos futuros,  
cuando innánima grifalda relata sólo  
fallidas callandas cruzadas.  
Vienen entonces alfiles a adherirse  
hasta en las puertas falsas y en los borradores.

## XXVI

El verano echa nudo a tres años  
que, encintados de cárdenas cintas, a todo sollozo,  
aurigan orinientos índices

de moribundas alejandrías, de cuzcos moribundos.

Nudo alvino deshecho, una pierna por allí,  
más allá todavía la otra,  
desgajadas, y npéndulas.

Deshecho nudo de lácteas glándulas  
de la sinamayera,  
bueno para alpacas brillantes,  
para abrigo de pluma inservible  
¡más piernas los brazos que brazos!  
Así envérase el fin, como todo,  
como polluelo adormido saltón  
de la hendida cáscara,  
a luz eternamente polla.

Y así, desde el óvalo, con cuatros al hombro,  
ya para qué tristura.

Las uñas aquellas dolían  
retesando los propios dedos hospicios.  
De entonces crecen ellas para adentro,  
mueren para afuera,  
y al medio ni van ni vienen,  
ni van ni vienen.

Las uñas.

Apeona ardiente avestruz coja,  
desde perdidos sures,  
flecha hasta el estrecho ciego  
de senos aunados. Al calor de una punta  
de pobre sesgo ESFORZADO,  
la griega sota de oros tórnase  
morena sota de islas,  
cobriza sota de lagos  
en frente a moribunda alejandría,

a cuzco moribundo.

XXVII

Me da miedo ese chorro,  
buen recuerdo, señor fuerte, implacable  
cruel dulzor.

Me da miedo.

Esta casa me da entero bien, entero  
lugar para este no saber dónde estar.

No entremos.

Me da miedo este favor  
de tornar por minutos, por puentes volados.

Yo no avanzo, señor dulce,  
recuerdo valeroso, triste  
esqueleto cantor.

Qué contenido, el de esta casa encantada,  
me da muertes de azogue, y obtura  
con plomo mis tomas  
a la seca actualidad.

El chorro que no sabe a cómo vamos,  
dame miedo, pavor.

Recuerdo valeroso, yo no avanzo.  
Rubio y triste esqueleto, silba, silba.

XXVIII



He almorzado solo ahora, y no he tenido  
madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua,  
ni padre que, en el facundo ofertorio  
de los choclos, pregunte para su tardanza  
de imagen, por los broches mayores del sonido.

Cómo iba yo a almorzar.

Cómo me iba a servir  
de tales platos distantes esas cosas,  
cuando habrása quebrado el propio hogar,  
cuando no asoma ni madre a los labios.

Cómo iba yo a almorzar nonada.

A la mesa de un buen amigo he almorzado  
con su padre recién llegado del mundo,  
con sus canas tías que hablan  
en tordillo retinte de porcelana,  
bisbiseando por todos sus viudos alvéolos;  
y con cubiertos francos de alegres tiroriros,  
porque estánse en su casa.

Así, ¡qué gracia!

Y me han dolido los cuchillos  
de esta mesa en todo el paladar.

El yantar de estas mesas así, en que se prueba  
amor ajeno en vez del propio amor,  
torna tierra el brocado que no brinda la

MADRE,

hace golpe la dura deglución; el dulce,  
hiel; aceite funéreo, el café.

Cuando ya se ha quebrado el propio hogar,  
y el sírvete materno no sale de la

tumba,

la cocina a oscuras, la miseria de amor.

## XXIX

Zumba el tedio enfrascado  
bajo el momento improducido y caña.  
Pasa una paralela a  
ingrata línea quebrada de felicidad.  
Me extraña cada firmeza, junto a esa agua  
que se aleja, que ríe acero, calla.  
Hilo retemplado, hilo, hilo binómico  
¿por dónde romperás, nudo de guerra?  
Acoraza este ecuador, Luna.

## XXX

Quemadura del segundo  
en toda la tierna cabecilla del deseo,  
picadura de ají vagoroso,  
a las dos de la tarde inmoral.  
Guante de los bordes borde a borde.  
Olorosa verdad tocada en vivo, al conectar  
la antena del sexo  
con lo que estamos siendo sin saberlo.  
Lavaza de máxima ablución.  
Calderas viajeras  
que se chocan y salpican de fresca sombra  
unánime, el color, la fracción, la dura vida,

la dura vida eterna.  
No temamos.  
La muerte es así.  
El sexo sangre de la amada que se queja  
dulzorada, de portar tanto  
por tan punto ridículo.  
Y el circuito  
entre nuestro pobre día y la noche grande,  
a las dos de la tarde inmoral.

### XXXI

Esperanza plañe entre algodones.  
Aristas roncadas uniformadas  
de amenazas tejidas de esporas magníficas  
y con porteros botones innatos.  
¿Se luden seis de sol?  
Natividad.  
Cállate, miedo.  
Cristiano espero, espero siempre  
de hinojos en la piedra circular que está  
en las cien esquinas de esta suerte  
tan vaga a donde asomo.  
Y Dios sobresaltado nos oprime  
el pulso, grave, mudo,  
y como padre a su pequeña,  
apenas,  
pero apenas, entreabre los sangrientos algodones  
y entre sus dedos toma a la esperanza.

Señor, lo quiero yo...  
Y basta!

XXXII

999 calorías  
Rumbbbb...  
Trrraprrrr rrach...  
chaz

Serpentínica u del bizcochero  
engirafada al tímpano. Quién como los hielos.  
Pero no.

Quién como lo que va ni más ni menos.  
Quién como el justo medio. 1,000 calorías  
Azulea y ríe su gran cachaza  
el firmamento gringo.

Baja  
el sol empavado y le alborota los cascos  
al más frío.

Remeda al cuco; Rooooooooeeis .....  
tierno autocarril, móvil de sed,  
que corre hasta la playa.

Aire, aire! Hielo!

Si al menos el calor  
Mejor no digo nada.

Y hasta la misma pluma  
con que escribo por último se troncha.  
Treinta y tres trillones trescientos treinta  
y tres calorías.

### XXXIII

Si lloviera esta noche, retirárame  
de aquí a mil años.  
Mejor a cien no más.  
Como si nada hubiese ocurrido,  
haríala cuenta de que vengo todavía.  
O sin madre, sin amada, sin porfía  
de agacharme a aguaitar al fondo, a puro  
pulso,  
esta noche así, estaría escarmenando  
la fibra védica,  
la lana védica de mi fin final, hilo  
del diantre, traza de haber tenido  
por las narices  
a dos badajos inacordes de tiempo  
en una misma campana.  
Haga la cuenta de mi vida  
o haga la cuenta de no haber aún nacido  
no alcanzaré a librarme.  
No será lo que aún no haya venido, sino  
lo que ha llegado y ya se ha ido,  
sino lo que ha llegado y ya se ha ido.

### XXXIV

Se acabó el extraño, con quien, tarde  
la noche, regresabas parla y parla.  
Ya no habrá quien me aguarde,  
dispuesto mi lugar, bueno lo malo.  
Se acabó la calurosa tarde;  
tu gran bahía y tu clamor; la charla  
con tu madre acabada  
que nos brindaba un té lleno de tarde.  
Se acabó todo al fin: las vacaciones,  
tu obediencia de pechos, tu manera  
de pedirme que no me vaya fuera.  
Y se acabó el diminutivo, para  
mi mayoría en el dolor sin fin,  
y nuestro haber nacido así sin causa.

### XXXV

El encuentro con la amada  
tángo alguna vez, es un simple detalle,  
casi un programa hípico en violado,  
que de tan largo no se puede doblar bien.  
El almuerzo con ella que estaría  
poniendo el plato que nos gustara ayer  
y se repite ahora,  
pero con algo más de mostaza;  
el tenedor absorto, su doneo radiante  
de pistilo en mayo, y su verecundia  
de a centavito, por quítame allá esa paja.  
Y la cerveza lírica y nerviosa

a la que celan sus dos pezones sin lúpulo,  
y que no se debe tomar mucho!  
Y los demás encantos de la mesa  
que aquella núbil campaña borda  
con sus propias baterías germinales  
que han operado toda la mañana,  
según me consta, a mí,  
amoroso notario de sus intimidades,  
y con las diez varillas mágicas  
de sus dedos pancreáticos.  
Mujer que, sin pensar en nada más allá,  
suelta el mirlo y se pone a conversarnos  
sus palabras tiernas  
como lancinantes lechugas recién cortadas.  
Otro vaso, y me voy.  
Y nos marchamos,  
ahora sí, a trabajar.  
Entre tanto, ella se interna  
entre los cortinajes y ¡oh aguja de mis días  
desgarrados!  
se sienta a la orilla  
de una costura, a coserme el costado  
a su costado,  
a pegar el botón de esa camisa,  
que se ha vuelto a caer.  
Pero hase visto!

Pugnamos ensartarnos por un ojo de aguja,  
enfrentados, a las ganadas.

Amoniácase casi el cuarto ángulo del círculo.

¡Hembra se continúa el macho, a raíz  
de probables senos, y precisamente  
a raíz de cuanto no florece.

¿Por ahí estás, Venus de Milo?

Tú manqueas apenas, pululando  
entrañada en los brazos plenarios  
de la existencia,

de esta existencia que todaviiza  
perenne imperfección.

Venus de Milo, cuyo cercenado, increado  
brazo revuélvese y trata de encodarse  
a través de verdeantes guijarros gagos,  
ortivos nautilus, aunes que gatean  
recién, vísperas inmortales.

Laceadora de inminencias, laceadora  
del paréntesis.

Rehusad, y vosotros, a posar las plantas  
en la seguridad dupla de la Armonía.

Rehusad la simetría a buen seguro.

Intervenid en el conflicto  
de puntas que se disputan  
en la más torionda de las justas  
el salto por el ojo de la aguja!

Tal siento ahora al meñique  
demás en la siniestra.

Lo veo y creo

no debe serme, o por lo menos que está  
en sitio donde no debe.



Y me inspira rabia y me azarea  
y no hay cómo salir de él,  
sino haciendola cuenta de que hoy es jueves.  
¡Ceded al nuevo impar  
potente de orfandad!

### XXXVII

He conocido a una pobre muchacha  
a quien conduje hasta la escena.  
La madre, sus hermanas qué amables y también  
aquel su infortunado < tú no vas a volver».   
Como en cierto negocio me iba admirablemente,  
me rodeaban de un aire de dinasta florido.  
La novia se volvía agua,  
y cuán bien me solía llorar  
su amor mal aprendido.  
Me gustaba su tímida marinera  
de humildes aderezos al dar las vueltas,  
y cómo su pañuelo trazaba puntos,  
tildes, a la melografía de su bailar de juncia.  
Y cuando ambos burlamos al párroco,  
quebróse mi negocio y el suyo  
y la esfera barrida.

### XXXVIII

Este cristal aguarda ser sorbido  
en bruto por boca venidera  
sin dientes.

No desdentada.

Este cristal es pan no venido todavía.

Hiere cuando lo fuerzan  
y ya no tiene cariños animales.

Mas si se le apasiona, se melaría  
y tomaría la horma de los sustantivos  
que se adjetivan de brindarse.

Quienes lo ven allí triste individuo  
incoloro, lo enviarían por amor,  
por pasado y a lo más por futuro:  
si él no dase por ninguno de sus costados;

si él espera ser sorbido de golpe  
y en cuanto transparencia, por boca ve  
nidera que ya no tendrá dientes.

Este cristal ha pasado de animal,  
y márchase ahora a formar las izquierdas,  
los nuevos Menos.

Déjenlo solo no más.

XXXIX

Quién ha encendido fósforo!

Mésome.

Sonrío

a columpio por motivo.

Sonrío aún más, si llegan todos  
a ver las guías sin color

y a mí siempre en punto.  
Qué me importa.  
Ni ese bueno del Sol que, al morirse de gusto,  
lo desposta todo para distribuirlo  
entre las sombras, el pródigo,  
ni él me esperaría a la otra banda.  
Ni los demás que paran solo  
entrando y saliendo.  
Llama con toque de retina  
el gran panadero.  
Y pagamos en señas  
curiosísimas el tibio valor innegable  
horneado, trascendente.  
Y tomamos el café, ya tarde,  
con deficiente azúcar que ha faltado,  
y pan sin mantequilla.  
Qué se va a hacer.  
Pero, eso sí, los aros receñidos, barreados.  
La salud va en un pie.  
De frente: marchen!

## XL

Quién nos hubiera dicho que en domingo  
así, sobre arácnidas cuestras  
se encabritaría la sombra de puro frontal.  
(Un molusco ataca yermos ojos encallados,  
a razón de dos o más posibilidades tantálicas  
contra medio estertor de sangre remordida).

Entonces, ni el propio revés de la pantalla  
deshabitado enjugaría las arterias  
trasdoseadas de dobles todavía.  
Como si nos hubiesen dejado salir!  
Como  
si no estuviésemos abrazados siempre  
a los dos flancos diarios de la fatalidad!  
Y cuánto nos habríamos ofendido.  
Y aún lo que nos habríamos enojado y peleado  
y amistado otra vez  
y otra vez.  
Quién hubiera pensado en tal domingo,  
cuando, a rastras, seis codos lamen  
de esta manera, huera yemas lunesentes.  
Habríamos sacado contra él, de bajo  
de las dos alas del Amor,  
lustrales plumas terceras, puñales,  
nuevos pasajes de papel de oriente.  
Para hoy que probamos si aún vivimos,  
casi un frente no más.

## XLI

La Muerte de rodillas mana  
su sangre blanca que no es sangre.  
Se huele a garantía.  
Pero ya me quiero reír.  
Murmúrase algo por allí.  
Callan.

Alguien silba valor de lado,  
y hasta se contaría en par  
veintitrés costillas que se echan de menos  
entre sí, a ambos costados; se contaría  
en par también, toda la fila  
de trapecios escoltas.  
En tanto; el redoblante policial  
(otra vez me quiero reír)  
se desquita y nos tunde a palos,  
dale y dale,  
de membrana a membrana,  
tas  
con  
tas.

## XLII

Esperaos.  
Ya os voy a narrar  
todo.  
Esperaos sossiegue  
este dolor de cabeza.  
Esperaos.  
¿Dónde os habéis dejado vosotros  
que no hacéis falta jamás?  
Nadie hace falta! Muy bien.  
Rosa, entra del último piso.  
Estoy niño.  
Y otra vez rosa:

ni sabes a dónde voy.  
¿Aspa la estrella de la muerte?  
O son extrañas máquinas cosedoras  
dentro del costado izquierdo.  
Esperaos otro momento.  
No nos ha visto nadie.  
Pura  
búscate el talle.  
¡A dónde se han saltado tus ojos!  
Penetra reencarnada en los salones  
de ponentino cristal.  
Suenas  
música exacta casi lástima.  
Me siento mejor.  
Sin fiebre, y ferviente.  
Primavera.  
Perú.  
Abro los ojos.  
Ave! No salgas.  
Dios, como si sospechase  
algún flujo sin reflujo ay.  
Paletada facial, resbala el telóncabe las conchas.  
Acrisis.  
Tilia, acuéstate.

XLIII

Quién sabe se va a ti.  
No le ocultes.

Quién sabe madrugada.  
Acaríciala.  
No le digas nada.  
Está  
duro de lo que se ahuyenta.  
Acaríciala.  
Anda! Cómo le tendrías pena.  
Narra que no es posible  
todos digan que bueno,  
cuando ves que se vuelve y revuelve,  
animal que ha aprendido a irse...  
No?  
Sí! Acaríciala.  
No le arguyas.  
Quién sabe se va a ti madrugada.  
¿Has contado qué poros dan salida solamente,  
y cuáles dan entrada?  
Acaríciala.  
Anda! Pero no vaya a saber  
que lo haces porque yo te lo ruego.  
Anda!

#### XLIV

Este piano viaja para adentro,  
viaja a saltos alegres.  
Luego medita en ferrado reposo,  
clavado con diez horizontes.  
Adelanta.

Arrástrase bajo túneles,  
más allá, bajo túneles de dolor,  
bajo vértebras que fugan naturalmente.  
Otras veces van sus trompas,  
lentas asias amarillas de vivir,  
van de eclipse,  
y se espulgan pesadillas insectiles,  
ya muertas para el trueno, heraldo de los génesis.  
Piano oscuro ¿a quién atisbas  
con tu sordera que me oye,  
con tu madurez que me asorda?  
Oh pulso misterioso.

## XLV

Me desvinculo del mar  
cuando vienen las aguas a mi.  
Salgamos siempre.  
Saboreemos  
la canción estupenda, la canción dicha  
por los labios inferiores del deseo.  
Oh prodigiosa doncellez.  
Pasa la brisa sin sal.  
A lo lejos husmeo los tuétanos  
oyendo el tanteo profundo, a la caza  
de teclas de resaca.  
Y si así diéramos las narices  
en el absurdo,  
nos cubriremos con el oro de no tener nada,



y empollaremos el ala aún no nacida  
de la noche, hermana  
de esta ala huérfana del día,  
que a fuerza de ser una ya no es ala.

## XLVI

La tarde cocinera se detiene  
ante la mesa donde tú comiste;  
y muerta de hambre tu memoria viene  
sin probar ni agua, de lo puro triste.  
Mas, como siempre, tu humildad se aviene  
a que le brinden la bondad más triste.  
Y no quieres gustar, que ves quien viene  
filialmente a la mesa en que comiste.  
La tarde cocinera te suplica  
y te llora en su delantal que aún sórdido  
nos empieza a querer de oírnos tánto.  
Yo hago esfuerzos también; porque no hay  
valor para servirse de estas aves.  
Ah! qué nos vamos a servir ya nada.

## XLVII

Ciliado arrecife donde nací,  
según refieren cronicones y pliegos  
de labios familiares historiados

en segunda gracia.  
Ciliado archipiélago, te desislas a fondo,  
a fondo, archipiélago mío!  
Duras todavía las articulaciones  
al camino, como cuando nos instan,  
y nosotros no cedemos por nada.  
Al ver los párpados cerrados,  
implumes mayorcitos, devorando azules bombones,  
se carcajean pericotes viejos.  
Los párpados cerrados, correo sí, cuando nacemos,  
siempre no fuese tiempo todavía.  
Se va el altar, el cirio para  
que no le pasase nada a mi madre,  
y por mí que sería con los años, si Dios  
quería, Obispo, Papa, Santo, o talvez  
sólo un columnario dolor de cabeza.  
Y las manitas que se abarquillan  
asiéndose de algo flotante,  
a no querer quedarse.  
Y siendo ya la 1.

## XLVIII

Tengo ahora 70 soles peruanos.  
Cojo la penúltima moneda, la que sue-  
na 69 veces púnicas.  
Y he aquí, al finalizar su rol,  
quemase toda y arde llameante,  
llameante,

redonda entre mis tímpanos alucinados.

Ella, siendo 69, dase contra 70;

luego escala 71, rebota en 72.

Y así se multiplica y espejea impertérrita  
en todos los demás piñones.

Ella, vibrando y forcejeando,  
pegando grittttos,

soltando arduos, chisporroteantes silencios,

orinándose de natural grandor,

en unánimes postes surgentes,

acaba por ser todos los guarismos,

la vida entera.

cerrándonos os esternones, en guanos  
que entendemos perfectamente.

Con los fundillos lelos melancólicos,  
amuchachado de trascendental desaliño,

parado, es adorable el pobre viejo.

Chancea con los presos, hasta el tope  
los puños en las ingles.

Y hasta mojarrilla

les roe algún mendrugo; pero siempre  
cumpliendo su deber.

Por entre los barrotes pone el punto  
fiscal, inadvertido, izándose en la falangita  
del meñique,

a la pista de lo que hablo,

lo que como,

lo que sueño.

Quiere el corvino ya no hayan adentros,  
y cómo nos duele esto que quiere el cancerbero.

Por un sistema de relojería, juega

el viejo inminente, pitagórico!  
a lo ancho de las aortas.  
Y sólo  
de tarde en noche, con noche  
soslaya alguna su excepción de metal.  
Pero, naturalmente,  
siempre cumpliendo su deber.

## XLIX

Murmurado en inquietud, cruzo,  
el traje largo de sentir, los lunes  
de la verdad.  
Nadie me busca ni me reconoce,  
y hasta yo he olvidado  
de quién seré.  
Cierta guardarropía, sólo ella, nos sabrá  
a todos en las blancas hojas  
de las partidas.  
Esa guardarropía, ella sola,  
al volver de cada facción,  
de cada candelabro  
ciego de nacimiento.  
Tampoco yo descubro a nadie, bajo  
este mantillo que iridice los lunes  
de la razón;  
y no hago más que sonreír a cada púa  
de las verjas, en la loca búsqueda  
del conocido.

Buena guardarropía, ábreme  
tus blancas hojas:  
quiero reconocer siquiera al 1,  
quiero el punto de apoyo, quiero  
saber de estar siquiera.  
En los bastidores donde nos vestimos,  
no hay, no Hay nadie: hojas tan sólo  
de par en par.  
Y siempre los trajes descolgándose  
por sí propios, de perchas  
como ductores índices grotescos,  
y partiendo sin cuerpos, vacantes,  
hasta el matiz prudente  
de un gran caldo de alas con causas  
y lindes fritas.  
Y hasta el hueso!

## L

El cancerbero cuatro veces  
al día maneja su candado, abriéndonos  
cerrándonos los esternones, en guiños  
que entendemos perfectamente.  
Con los fundillos lelos melancólicos,  
amuchachado de trascendental desaliño,  
parado, es adorable el pobre viejo.  
Chancea con los presos, hasta el tope  
los puños en las ingles.  
Y hasta mojarrilla

les roe algún mendrugo; pero siempre  
cumpliendo su deber.

Por entre los barrotes pone el punto  
fiscal, inadvertido, izándose en la falangita  
del meñique,  
a la pista de lo que hablo,  
lo que como,  
lo que sueño.

Quiere el corvino ya no hayan adentros,  
y cómo nos duele esto que quiere el cancerbero.

Por un sistema de relojería, juega  
el viejo inminente, pitagórico!  
a lo ancho de las aortas.

Y sólo  
de tarde en noche, con noche  
soslaya alguna su excepción de metal.  
Pero, naturalmente,  
siempre cumpliendo su deber.

## LI

Mentira.  
Si lo hacía de engaños,  
y nada más.  
Ya está.  
De otro modo,  
también tú vas a ver  
cuánto va a dolerme el haber sido así.  
Mentira.

Calla.  
Ya está bien.  
Como otras veces tú me haces esto mismo,  
por eso yo también he sido así.  
A mí, que había tanto atisbado si de veras  
llorabas,  
ya que otras veces sólo te quedaste  
en tus dulces pucheros,  
a mí, que ni soñé que los creyeses,  
me ganaron tus lágrimas.  
Ya está.  
Mas ya lo sabes: todo fue mentira.  
Y si sigues llorando, bueno, pues!  
Otra vez ni he de verte cuando juegues.

## LII

Y nos levantaremos cuando se nos dé  
la gana, aunque mamá toda claror  
nos despierte con cantora  
y linda cólera materna.  
Nosotros reiremos a hurtadillas de esto,  
mordiendo el canto de las tibias colchas  
de vicuña ¡y no me vayas a hacer cosas!  
Los humos de los bohíos ¡ah golfillos  
en rama!  
madrugarían a jugar  
a las cometas azulinas, azulantes,  
y, apañuscando alfarjes y piedras, nos darían

su estímulo fragante de boñiga,  
para sacarnos  
al aire nene que no conoce aún las letras,  
a pelearles los hilos.  
Otro día querrás pastorear  
entre tus huecos onfalóideos  
ávidas cavernas,  
meses nonos,  
mis telones.  
O querrás acompañar a la ancianía  
a destapar la toma de un crepúsculo,  
para que de día surja  
toda el agua que pasa de noche.  
Y llegas muriéndote de risa,  
y en el almuerzo musical,  
cancha reventada, harina con manteca,  
con manteca,  
le tomas el pelo al peón decúbiteo  
que hoy otra vez olvida dar los buenos días,  
esos sus días, buenos con b de baldío,  
que insisten en salirle al pobre  
por la culata de la v  
dentalabial que la vela en él.

### LIII

Quién clama las once no son doce!  
Como si las hubiesen pujado, se afrontan  
de dos en dos las once veces.



Cabezazo brutal.  
Asoman  
las coronas a oír,  
pero sin traspasar los eternos  
trescientos sesenta grados, asoman  
y exploran en balde, dónde ambas manos  
ocultan el otro puente que les nace  
entre veras y litúrgicas bromas.  
Vuelve la frontera a probar  
las dos piedras que no alcanzan a ocupar  
una misma posada a un mismo tiempo.  
La frontera, la ambulante batuta, que sigue  
inmutable, igual, sólo  
más ella a cada esguince en alto.  
Veis lo que es sin poder ser negado,  
veis lo que tenemos que aguantar,  
mal que nos pese.  
¡Cuánto se aceita en codos  
que llegan hasta la boca!

#### LIV

Forajido tormento, entra, sal  
por un mismo forado cuadrangular.  
Duda.  
El balance punza y punza  
hasta las cachas.  
A veces doyme contra todas las contras,  
y por ratos soy el alto más negro de los ápices

en la fatalidad de la Armonía.  
Entonces las ojeras se irritan divinamente,  
y solloza la sierra del alma,  
se violentan oxígenos de buena voluntad,  
arde cuanto no arde y hasta  
el dolor dobla el pico en risa.  
Pero un día no podrás entrar  
ni salir, con el puñado de tierra  
que te echaré a los ojos, forajido!

## LV

Samain diría el aire es quieto y de una contenida  
tristeza.

Vallejo dice hoy la Muerte está soldando cada  
lindero a cada hebra de cabello perdido, desde la  
cubeta de un frontal, donde hay algas, toronjiles que  
cantan divinos almácigos en guardia, y versos anti  
sépticos sin dueño.

El miércoles, con uñas destronadas se abre las  
propias uñas de alcanfor, e instila por polvorientos  
harneros, ecos, páginas vueltas, sarros,  
zumbidos de moscas  
cuando hay muerto, y pena clara esponjosa y cierta  
esperanza.

Un enfermo lee La Prensa, como en facistol.  
Otro está tendido palpitante, longirrostro,  
cerca a estarlo sepulto.

Y yo advierto un hombro está en su sitio

todavía y casi queda listo tras de éste, el otro lado.  
Ya la tarde pasó diez y seis veces por el subsue-  
lo empatrullado,  
y se está casi ausente  
en el número de madera amarilla  
de la cama que está desocupada tanto tiempo  
allá .....  
enfrente.

## LVI

Todos los días amanezco a ciegas  
a trabajar para vivir; y tomo el desayuno,  
sin probar ni gota de él, todas las mañanas.  
Sin saber si he logrado, o más nunca,  
algo que brinca del sabor  
o es sólo corazón y que ya vuelto, lamentará  
hasta dónde esto es lo menos.  
El niño crecería ahito de felicidad  
oh albas,  
ante el pesar de los padres de no poder dejarnos  
de arrancar de sus sueños de amor a este mundo;  
ante ellos que, como Dios, de tanto amor  
se comprendieron hasta creadores  
y nos quisieron hasta hacernos daño.  
Flecos de invisible trama,  
dientes que huronean desde la neutra emoción,  
pilares  
libres de base y coronación,

en la gran boca que ha perdido el habla.  
Fósforo y fósforo en la oscuridad,  
lágrima y lágrima en la polvareda.

## LVII

Craterizados los puntos más altos, los puntos  
del amor, de ser mayúsculo, bebo, ayuno ab  
sorbo heroína para la pena, para el latido  
lacio y contra toda corrección.  
¿Puedo decir que nos han traicionado? No.  
¿Qué todos fueron buenos? Tampoco.  
Pero  
allí está una buena voluntad, sin duda,  
y sobre todo, el ser así.  
Y qué quien se ame mucho!  
Yo me busco  
en mi propio designio que debió ser obra  
mía, en vano: nada alcanzó a ser libre.  
Y sin embargo, quién me empuja.  
A que no me atrevo a cerrar la quinta ventana.  
Y el papel de amarse y persistir, junto a las  
horas y a lo indebido.  
Y el éste y el aquél.

## LVIII

En la celda, en lo sólido, también  
se acurrucan los rincones.  
Arreglo los desnudos que se ajan,  
se doblan, se harapan.  
Apéome del caballo jadeante, bufando  
líneas de bofetadas y de horizontes;  
espumoso pie contra tres cascos.  
Y le ayudo: Anda, animal!  
Se tomaría menos, siempre menos, de lo  
que me tocase erogar,  
en la celda, en lo líquido.  
El compañero de prisión comía el trigo  
de las lomas, con mi propia cuchara,  
cuando, a la mesa de mis padres, niño,  
me quedaba dormido masticando.  
Le soplo al otro:  
Vuelve, sal por la otra esquina;  
apura ...aprisa,...  
apronta!  
E inadvertido aduzco, planeo,  
cabe camastro desvencijado, piadoso:  
No creas.  
Aquel médico era un hombre sano.  
Ya no reiré cuando mi madre rece  
en infancia y en domingo, a las cuatro  
de la madrugada, por los caminantes,  
encarcelados,  
enfermos  
y pobres.  
En el redil de niños, ya no le asestaré  
puñetazos a ninguno de ellos, quien, después,

todavía sangrando, lloraría: El otro sábado  
te daré de mi fiambre, pero  
no me pegues!  
Ya no le diré que bueno.  
En la celda, en el gas ilimitado  
hasta redondearse en la condensación,  
¿quién tropieza por afuera?

## LIX

La esfera terrestre del amor  
que rezagóse abajo, da vuelta  
y vuelta sin parar segundo,  
y nosotros estamos condenados a sufrir  
como un centro su girar.  
Pacífico inmóvil, vidrio, preñado  
de todos los posibles.  
Andes frío, inhumanable, puro.  
Acaso.  
Acaso.  
Gira la esfera en el pedernal del tiempo,  
y se afila,  
y se afila hasta querer perderse;  
gira forjando, ante los desertados flancos,  
aquel punto tan espantablemente conocido,  
porque él ha gestado, vuelta  
y vuelta,  
el corralito consabido.  
Centrífuga que sí, que sí,

que Sí,  
que sí, que sí, que sí, que sí: NO!  
Y me retiro hasta azular, y retrayéndome  
endurezco, hasta apretarme el alma!

## LX

Es de madera mi paciencia,  
sorda, vegetal.  
Día que has sido puro, niño, inútil,  
que naciste desnudo, las leguas  
de tu marcha, van corriendo sobre  
tus doce extremidades, ese doblez ceñudo  
que después deshiláchase  
en no se sabe qué últimos pañales.  
Constelado de hemisferios de grumo,  
bajo eternas américas inéditas, tu gran plumaje,  
te partes y me dejas, sin tu emoción ambigua,  
sin tu nudo de sueños, domingo.  
Y se apolilla mi paciencia,  
y me vuelvo a exclamar: ¡Cuándo vendrá  
el domingo bocón y mudo del sepulcro;  
cuándo vendrá a cargar este sábado  
de harapos, esta horrible sutura  
del placer que nos engendra sin querer,  
y el placer que nos DestieRRa!

## LXI

Esta noche desciendo del caballo,  
ante la puerta de la casa, donde  
me despedí con el cantar del gallo.

Está cerrada y nadie responde.

El poyo en que mamá alumbró  
al hermano mayor, para que ensille  
lomos que había yo montado en pelo,  
por rúas y por cercas, niño aldeano;  
el poyo en que dejé que se amarille al sol  
mi adolorida infancia...

¿Y este duelo

que enmarca la portada?

Dios en la paz foránea,  
estornuda, cual llamando también, el bruto;  
husmea, golpeando el empedrado.

Luego duda,

relincha,

orejea a viva oreja.

Ha de velar papá rezando, y quizás  
pensará se me hizo tarde.

Las hermanas, canturreando sus ilusiones  
sencillas, bullosas,

en la labor para la fiesta que se acerca,  
y ya no falta casi nada.

Espero, espero, el corazón  
un huevo en su momento, que se obstruye.

Numerosa familia que dejamos  
no ha mucho, hoy nadie en vela, y ni una cera  
puso en el ara para que volviéramos.



Llamo de nuevo, y nada.  
Callamos y nos ponemos a sollozar, y el animal  
relincha, relincha más todavía.  
Todos están durmiendo para siempre,  
y tan de lo más bien, que por fin  
mi caballo acaba fatigado por cabecear  
a su vez, y entre sueños, a cada venia, dice  
que está bien, que todo está muy bien.

## LXII

### Alfombra

Cuando vayas al cuarto que tú sabes,  
entra en él, pero entorna con tiento la mampara  
que tanto se entreabre,  
cása bien los cerrojos, para que ya no puedan  
volverse otras espaldas.

### Corteza

Y cuando salgas, di que no tardarás  
a llamar al canal que nos separa:  
fuertemente cojido de un canto de tu suerte,  
te soy inseparable,  
y me arrastras de borde de tu alma.

### Almohada

Y sólo cuando hayamos muerto ¡quién sabe!

Oh nó.

Quién sabe!

entonces nos habremos separado.  
Mas si, al cambiar el paso, me tocase a mí

la desconocida bandera, te he de esperar allá;  
en la confluencia del soplo y el hueso,  
como antaño,  
como antaño en la esquina de los novios  
ponientes de la tierra.

Y desde allí te seguiré a lo largo  
de otros mundos, y siquiera podrán  
servirte mis nós musgosos y arrecidos,  
para que en ellos poses las rodillas  
en las siete caídas de esa cuesta infinita,  
y así te duelan menos.

### LXIII

Amanece lloviendo.  
Bien peinada  
la mañana chorrea el pelo fino.  
Melancolía está amarrada;  
y en mal asfaltado oxidante de muebles hindúes,  
vira, se asienta apenas el destino.  
Cielos de puna descorazonada  
por gran amor, los cielos de platino, torvos  
de imposible.  
Rumia la majada y se subraya  
de un relincho andino.  
Me acuerdo de mí mismo.  
Pero bastan  
las astas del viento, los timones quietos hasta  
hacerse uno,

y el grillo del tedio y el jiboso codo inquebrantable.  
Basta la mañana de libres crinejas  
de brea preciosa, serrana,  
cuando salgo y busco las once  
y no son más que las doce deshoras.

## LXIV

Hitos vagarosos enamoran, desde el minuto  
montuoso que obstetriza y féchalos amotinados ni  
chos de la atmósfera.

Verde está el corazón de tanto esperar,  
y en el canal de Panamá  
¡hablo con vosotras, mitades,  
bases, cúspides! retoñan los peldaños,  
pasos que suben,  
pasos que bajan.  
Y yo que pervivo,  
y yo que sé plantarme.

Oh valle sin altura madre, donde todo duerme  
horrible mediatinta, sin ríos frescos, sin entradas  
de amor.

Oh voces y ciudades, que pasan cabalgando en  
un dedo tendido que señala a calva Unidad.

Mientras  
pasan, de mucho en mucho, gañanes de gran costado  
sabio, detrás de las tres tardas dimensiones.

Hoy Mañana Ayer  
(No, hombre!)

## LXV

Madre, me voy mañana a Santiago,  
a mojarme en tu bendición y en tu llanto.  
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado  
de llaga de mis falsos trajines.

Me esperará tu arco de asombro,  
las tonsuradas columnas de tus ansias  
que se acaban la vida.

Me esperará el patio,  
el corredor de abajo con sus tondos y repulgos  
de fiesta.

Me esperará mi sillón ayo,  
aquel buen quijarudo trasto de dinástico  
cuero, que para no más rezongando a las nalgas  
tataranietas, de correa a correhuela.

Estoy cribando mis cariños más puros.  
Estoy ejeando ¿no oyes jadear la sonda?  
¿no oyes tascar dianas?

estoy plasmando tu fórmula de amor  
para todos los huecos de este suelo.  
Oh si se dispusieran los tácitos volantes  
para todas las cintas más distantes,  
para todas las citas más distintas.

Así, muerta inmortal.

Así.

Bajo los dobles arcos de tu sangre, por donde  
hay que pasar tan de puntillas, que hasta mi padre

para ir por allí,  
humildóse hasta menos de la mitad del hombre,  
hasta ser el primer pequeño que tuviste.  
Así, muerta inmortal.  
Entre la columnata de tus huesos  
que no puede caer ni a lloros,  
y a cuyo lado ni el destino pudo entrometer  
ni un solo dedo suyo.  
Así, muerta inmortal.  
Así.

## LXVI

Dobla el dos de Noviembre.  
Estas sillas son buenas acojidas.  
La rama del presentimiento  
va, viene, sube, ondea sudorosa,  
fatigada en esta sala.  
Dobla triste el dos de Noviembre.  
Difuntos, qué bajo cortan vuestros dientes  
abolidos, repasando ciegos nervios,  
sin recordar la dura fibra  
que cantores obreros redondos remiendan  
con cáñamo inacabable, de innumerables nudos  
latientes de encrucijada.  
Vosotros, difuntos, de las nítidas rodillas  
puras a fuerza de entregaros,  
cómo aserráis el otro corazón  
con vuestras blancas coronas, ralas

de cordialidad.  
Sí.  
Vosotros, difuntos.  
Dobla triste el dos de Noviembre.  
Y la rama del presentimiento  
se la muerde un carro que simplemente  
rueda por la calle.

## LXVII

Canta cerca el verano, y ambos  
diversos erramos, al hombro  
recodos, cedros, compases unípedos,  
espatarrados en la sola recta inevitable.  
Canta el verano, y en aquellas paredes  
endulzadas de marzo,  
lloriquea, gusanea la arácnida acuarela  
de la melancolía  
Cuadro enmarcado de trisado anélido, cuadro  
que faltó en ese sitio para donde  
pensamos que vendría el gran espejo ausente.  
Amor, éste es el cuadro que faltó.  
Mas, para qué me esforzaría  
por dorar pajilla para tal encantada aurícula,  
si, a espaldas de astros queridos,  
se consiente el vacío, a pesar de todo.  
Cuánta madre quedábase adentrada  
siempre, en tenaz atavío de carbón, cuando  
el cuadro faltaba, y para lo que crecería

al pie de ardua quebrada de mujer.  
Así yo me decía: Si vendrá aquel espejo  
que de tan esperado, ya pasa de cristal.  
Me acababa la vida, ¿para qué?  
Me acababa la vida, para alzarnos  
sólo de espejo a espejo.

### LXVIII

Estamos a catorce de Julio.  
Son las cinco de la tarde.  
Llueve en toda  
una tercera esquina de papel secante.  
Y llueve más de abajo ay para arriba.  
Dos lagunas las manos avanzan  
de diez en fondo,  
desde un martes cenagoso que ha seis días  
está en los lagrimales helado.  
Se ha degollado una semana  
con las más agudas caídas; hase hecho  
todo lo que puede hacer miserable genial  
en gran taberna sin rieles.  
Ahora estamos  
bien, con esta lluvia que nos lava  
y nos alegra y nos hace gracia suave.  
Hemos a peso bruto caminado, y, de un solo  
desafío,  
blanqueó nuestra pureza de animales.  
Y preguntamos por el eterno amor,

por el encuentro absoluto,  
por cuanto pasa de aquí para allá.  
Y respondimos desde dónde los míos no son los tuyos  
desde qué hora el bordón, al ser portado,  
sustenta y no es sustentado.

(Neto.)

Y era negro, colgado en un rincón,  
sin proferir ni jota, n-i paletó, atodasta.

## LXIX

Qué nos buscas, oh mar,  
con tus volúmenesdocentes!  
Qué inconsolable, qué atroz  
estás en la febril solana.  
Con tus azadones saltas,  
con tus hojas saltas,  
hachando, hachando en loco sésamo,  
mientras tornan llorando las olas, después  
de descalzar los cuatro vientos  
y todos los recuerdos, en labiados plateles  
de tungsteno, contractos de colmillos  
y estáticas eles quelonias.  
Filosofía de alas negras que vibran  
al medroso temblor de los hombros del día.  
El mar, y una edición en pie,  
en su única hoja el anverso  
de cara al reverso.



LXX

Todos sonrían del desgaire con que voy-  
me a fondo, celular de comer bien y bien be  
ber.

Los soles andan sin yantar? O hay quien  
les da granos como a pajarillos? Francamente,  
yo no sé de esto casi nada.

Oh piedra, almohada bienfaciente al fin.

Amémonos

los vivos a los vivos, que a las buenas cosas muertas  
será después.

Cuánto tenemos que quererlas  
y estrecharlas, cuánto.

Amemos las actuali

dades, que siempre no estaremos como estamos.  
Que interinos Barrancos no hay en los esenciales  
cementorios.

El porteo va en el alfar, a pico.

La jornada nos

da en el cogollo, con su docena de escaleras, escala  
das, en horizontizante frustración de pies, por pávi  
das sandalias vacantes.

Y temblamos avanzar el paso, que no sabemos si  
damos con el péndulo, o ya lo hemos cruzado.

LXXI

Serpea el sol en tu mano fresca,  
y se derrama cauteloso en tu curiosidad.

Cállate.

Nadie sabe que estás en mí,  
toda entera.

Cállate.

No respires.

Nadie

sabe mi merienda succulenta de unidad:  
legión de oscuridades, amazonas de lloro.

Vanse los carros flajelados por la tarde,  
y entre ellos los míos, cara atrás, a las riendas  
fatales de tus dedos.

Tus manos y mis manos recíprocas se tienden  
polos en guardia, practicando depresiones,  
y sienes y costados.

Calla también, crepúsculo futuro,  
y recójete a reír en lo íntimo, de este celo  
de gallos ajisecos soberbiamente,  
soberbiamente ennavajados  
de cúpulas, de viudas mitades cerúleas.

Regocíjate, huérfano; bebe tu copa de agua  
desde la pulpería de una esquina cualquiera.

LXXII

Lento salón en cono, te cerraron, te cerré,  
aunque te quise, tú lo sabes,  
y hoy de qué manos penderán tus llaves.

Desde estos muros derribamos los últimos  
escasos pabellones que cantaban.  
Los verdes han crecido.  
Veo labriegos trabajando,  
los cerros llenos de triunfo.  
Y el mes y medio transcurrido alcanza  
para una mortaja, hasta demás.  
Salón de cuatro entradas y sin una salida,  
hoy que has honda murria, te hablo  
por tus seis dialectos enteros.  
Ya ni he de violentarte a que me seas,  
de para nunca; ya no saltaremos  
ningún otro portillo querido.  
Julio estaba entonces de nueve.  
Amor  
contó en sonido impar.  
Y la dulzura  
dió para toda la mortaja, hasta demás.

### LXXIII

Ha triunfado otro ay.  
La verdad está allí.  
Y quien tal actúa ¿no va a saber  
amaestrar excelentes dijitígrados  
para el ratón Sí ...No ...  
?  
Ha triunfado otro ay y contra nadie.  
Oh exósmosis de agua químicamente pura.

Ah míos australes.  
Oh nuestros divinos.  
Tengo pues derecho  
a estar verde y contento y peligroso, y a ser  
el cincel, miedo del bloque basto y vasto;  
a meter la pata y a la risa.  
Absurdo, sólo tú eres puro.  
Absurdo, este exceso sólo ante tí se  
suda de dorado placer.

#### LXXIV

Hubo un día tan rico el año pasado...  
!  
que ya ni sé qué hacer con él.  
Severas madres guías al colegio,  
asedian las reflexiones, y nosotros enflechamos  
la cara apenas.  
Para ya tarde saber  
que en aquello gozna la travesura  
y se rompe la sien.  
Qué día el del año pasado,  
que ya ni sé qué hacer con él,  
rota la sien y todo.  
Por esto nos separarán,  
por eso y para ya no hagamos mal.  
Y las reflexiones técnicas aún dicen  
¿no las vas a oír?  
que dentro de dos gráficas oscuras y aparte,

por haber sido niños y también  
por habernos juntado mucho en la vida,  
reclusos para siempre nos irán a encerrar.  
Para que te compongas.

## LXXV

Estáis muertos.  
Qué extraña manera de estarse muertos.

Quien- quiera diría no lo estáis.

Pero, en verdad, estáis muertos.  
Flotáis nadamente detrás de aquesa membrana  
que, péndula del zenit al nadir, viene y va de cre  
púsculo a crepúsculo, vibrando ante la sonora caja  
de una herida que a vosotros no os duele.

Os digo,  
pues, que la vida está en el espejo, y que vosotros  
sois el original, la muerte.

Mientras la onda va, mientras la onda viene,  
cuán impunemente se está uno muerto.

Sólo cuando  
las aguas se quebrantan en los bordes enfrentados, y  
se doblan y doblan, entonces os transfiguráis y cre  
yendo morir, percibís la sexta cuerda que ya no es  
vuestra.

Estáis muertos, no habiendo antes vivido jamás.  
Quienquiera diría que, no siendo ahora,  
en otro tiempo fuisteis.

Pero, en verdad, vosotros sois los cadáveres  
de una vida que nunca fue.

Triste destino.

El no haber sido sino muertos siempre.

El ser hoja seca,  
sin haber sido verde jamás.  
Orfandad de orfandades.

Y sin embargo, los muertos no son, no pueden ser  
cadáveres de una vida que todavía no han vivido.  
Ellos murieron siempre de vida.  
Estáis muertos.

**Freeditorial** 